



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 10179

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 31

CONDICIONES:

En la Península.— Un mes, 2 pesetas.— Tres meses, 6 id.— Extranjero.— Tres meses, 14 id.— La suscripción empieza a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.— La correspondencia a la Administración.

MARTES 8 DE OCTUBRE DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico en los términos de las condiciones.— El responsable es Sr. J. A. Beretta, en Cartagena, y Sr. J. J. López, en Harburgo, Montmartre, 31.

## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NÚM. 1. (Paseo de Recoletos)

### GARANTIAS

Capital social efectivo.	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.		43.598.510
<b>TOTAL.</b>		<b>55.598.510</b>

32 AÑOS DE EXISTENCIA

### SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía Nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 59.170.894,43.

### SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos. A primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Subdirección en Cartagena: Sra. Vanda de Sosa y C.ª, Plaza de los Caballos s/n. 15.

## Recolección

Armas para vinos, moderno sistema. Bombas, Neel y otros sistemas para traiegos. Azufradores, catadores y demás utensilios necesarios al vinicultor. Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora). Embudes automáticos. Tijeras para cortar vidrios, papel y otros. Armas de cestería. Espinas y alfileres. Paños, lavandis, legones, todo acero. Carrotillos y vagones.

### INSTALACION DE MEDIOS

C. Pérez Lirio. Plaza de Castallón, 12

## Crónica Internacional.

### DE NUESTRO SERVICIO ESPECIAL.

Realmente el atentado de que ha sido víctima el conde de Ito y del que tanto la prensa extranjera como la nacional ha hecho narraciones profusas, considerado en su aspecto jurídico no ofrece otra característica que la infracción a la seguridad personal, a la ley, y por

tanto en el código penal se halla determinado el castigo que merece, dentro de la esfera de su culpa, quien viola los preceptos que hacen posible el equilibrio social, dando garantías a la vida, y a la riqueza; pero si se escrutan las generativas del hecho, si se investiga los motivos que llevaron a un varón a intentar con la existencia de un ser hermano, entonces el sentimiento de la compasión se levanta para el desgraciado agresor, y el justo egoísmo de nuestra seguridad individual se manifiesta buscando amparo contra los odios seculares que una raza nos profesa.

Es evidente que el Japón desechando la solemnidad peculiar de los asiáticos ha conseguido ponerse en condiciones de figurar dignamente al lado de cualquier potencia europea; que a las ventajas de su mayor cultura debe su reciente victoria sobre el Celeste Imperio; mas está fuera de toda duda que sus triunfos guerreros y le animoso que

la civilización, sirven de alicates imprudentes para realizar altas empresas y enriquecerse con ricos y extensos dominios.

El pueblo japonés, de imaginación viva y temperamento fogoso ha viambrado en su fantasía meridional grandezas en perspectiva; y como para conseguir las la Europa es el obstáculo, contra ella manifiesta su ensañamiento ya que no de modo terminante y claro, por que la impotencia de sus elementos se lo impide, si emboldadamente y con medios censurables. Este proceder de los japoneses no es más, después de todo, que la herencia inveterada que los asiáticos dejan a sus descendientes: odio, guerra furiosa a la raza europea.

Pero como en el Japón es donde más iras tradicionales hay, por que nuestro poderío hace imposible el suyo, por eso es por lo que el encenso se ha presentado allí en la forma de ruina epizootial, no obstante existir latente en todos los numerosos naturales del Asia.

El conde de Ito, presidente del gabinete del mikado, fue quien firmó el tratado Simono-Seki, terminando a la par la guerra con China. Como al impedir el avance hacia Pekín del ejército y al suscribir las condiciones de paz a que le obligaban Rusia, Francia y Alemania obraba en desacuerdo con el pueblo que ansiaba la toma de Pekín, se captó la enemistad de los militares a quienes paralizaba el ascenso a sus barreras; el desagrado general y el espíritu de amigo de los europeos.

Esta cualidad que le atribuyen manejada por sus adversarios, ha sido la causa principal del atentado de que ha sido objeto. Poco tiempo se hablaba de las sociedades secretas anti-europeas que por allá existen, pero nunca se suponía que sus fines fueran tan atrozmente y sangrientos: el conde de Ito, Si-Hung-Ehang, Si-Kuan-

Lung, son ejemplos que nos determinan los procedimientos y tendencias de los fanáticos que en la sombra laboran por el exterminio de nuestra raza.

De suponer es que los magistrados japoneses castiguen con energía tales desmanes, como también que el gobierno del Mikado emprenda enérgica campaña contra esas agrupaciones de alucinados, así lo exige la seguridad de la propia vida, la humanidad, la ley, en suma.

A pesar de las desgracias que el desacierto y la confesión ocasionan a Francia en su expedición a Madagascar, su ejército continúa aunque con lentitud, su avance hacia Tánhan-yi. Según las últimas noticias sólo les resta 55 kilómetros que andar para sentir sus reales en dicha población.

La imperiosa necesidad de preparar el terreno y de tomar las disposiciones utilísimas para la campaña. Puestos aquellos resultados, mas desde luego nos parece digna de ensombro la medida del General en Jefe del ejército expedicionario, ordenando a sus tropas que la alimentación solo consista en pan de los hoyos en viandas frías y frutas. Con esto se consigue que las digestiones sean más fáciles, tanto frugal de la comida, y que los calores de allá, manifestados como propios de la zona Torrida, no produzcan tanta prostración.

## Microscópicas.

### COLMO DE DESDICHAS

Cuando el médico pronunció la terrible sentencia declarando que no había salvación posible para aquella infeliz, algo punzante brotó en el corazón, los nervios se agarraron en la garganta y una idea de infinita crueldad surgió en la mente y martilló en el cerebro.

La mujer se moría, y se revolaba en su rostro el anuncio de la catástrofe; y mientras su espíritu, cansado de luchar inútilmente contra enfermedades graves, se disponía a abandonar el pobre cuerpo dolorido, dos lágrimas salieron a sus ojos.

Pobre mujer! Había luchado bravamente contra la enfermedad y esta vencida. Dentro de poco, cuando el frío que sentía en las extremidades subiera al corazón, la muerte se abalanzaría a ella y la arrastraría sin madre los pobres hijos que amparaba en su seno, aquellas prendas de su vida que quedaban en un mundo cuando el espíritu de su vida se iba a la guerra.

Lo que los ojos abarcaban en la reducida Alcobaca tremendo brío, lo que el pensamiento adivinaba al otro lado de los mares era una gran batalla. Allí, entre cuatro paredes, a la vista de contadísimas personas se resolvía la lucha de la vida con la muerte en favor de esta última. Allí, al otro lado del océano, tal vez luchaba en aquel instante contra los enemigos de su patria, el marido de aquella infeliz, y quien sabe si en aquel momento combatía con una existencia y se encendía al mismo tiempo la antorcha en España y en Cuba; comprometidos de este modo el negro porvenir de unos pobres niños que no habían cometido culpa alguna del delito que les había merecido aquella batalla.

### TIJERETAZOS

Madrid 3 de Octubre de 1895.

que estaba al pie de la escalera tocó la una sin que ningún oído pareciera su campanada. Una ligera lluvia caía sobre las flores, y unas nubes negras y densas se amontonaban en todos puntos del cielo.

A las diez y cinco empezó a sonar en una de las ventanillas del salón una especie de ruido sordo y pausado, como cuando se garga una cosa dura; a este sonido había precedido el ruido agudo, pero ligero, de algunos fragmentos de vidrios que habían caído sobre la arena por la parte exterior. Por último, cesó el ruido, y la luz medía encubierta de una linterna dejó en el techo del salón un momento después; seguidamente se hallaban dos hombres dentro de la misma pieza.

Silencio! dijo uno de ellos; descubra la lámpara y examinemos lo que hay aquí.

Descubrióse la linterna sorda; y nada vieron los ladrones que pudiera satisfacer su codicia. Libros, música, álbums, una mesa, una alfombra, una armadura de armadura: todo esto podía tener algún valor en un inventario de muebles, pero era insignificante a los ojos de un descerraja-puertas; y pensando de rabia uno y otro, profirieron a la vez una horrible imprección.

Jack, dijo uno de los ladrones: es preciso desenterrar la plata labrada y el dinero. La criada vie-

lo. Así es, que me hizo guardarlo a toda prisa, y marcharme de allí a la carrera. Pero, acaso no lo creeréis, miss, si le digo, que viniendo para casa, en la calle de entrada, antes de llegar a la portada, me dio gana de volver la cara, y tan cierto como estoy aquí contando, vi al hombre horrible que venía siguiéndome y apretando el paso para alcanzarme. Ya di un grito tan agudo, que Dobbins, el zagal que se retiraba con su vaca, cuando me oyó, salió por la cerca y la vaca también con sus cuernos. Dios la bendiga! Esto hizo detener al maldito bribón; yo abrí la portada con toda diligencia, y héme aquí! Pero, ¡yaya!... si nos robaran y asesinarán a todos.

Alicia no había oído la mitad de esta atrenga; pero lo poco que oyó, solo afectó medianamente sus nervios campesinos; y mucho más se sobresaltó con el estrépito que hacía mistress Jones palapateando las puertas y ventanillas, valiéndose de cuantos recursos locales podía echar mano para ponerse a cubierto de un ataque. Estas operaciones defensivas duraron cerca de dos horas.

Por fin se restableció la calma y se acostó mistress Jones olvidando todos sus temores en los brazos del sueño. Alicia subió con flojera a su cuarto; se desnudó, rezó sus oraciones, lloró un poco, y antes que sus lágrimas se hubiesen secado, empezó a soñar con Ernesto. Era mucho más de media noche; el reloj

acontecimiento desgraciado. Ernesto no decía que ella le escribiera; él mismo es el que en aquella circunstancia tenía el deber de escribirle y de decirle su verdadero nombre, para que él le escribiera las cartas de un amor clandestino. Podría haber bastado un par de días a donde ella le hubiera dirigido sus cartas; pero, para ir a recogerlas habría sido preciso separarse algunas horas del lado de su padre, y esto era imposible.

Tampoco explicó a Alicia todas estas dificultades. A ella le pareció muy singular desde luego, que Ernesto no deseara tener noticias suyas; pero Alicia era muy lista, y que lo había en el decir que valiera la pena de tanto en aquellos momentos, si se obraba bien en silencio; que parecían eran sus cartas, aunque ya hiciera de ellas algunas lagrimas, eran tan breves, tan tristes, contenían tan poco amor, y la palabra de amor y cariño que quedaba Alicia, tan cortitos al cuando su voz se pronunciaba parecían ahogar en el papel un ruido que se paraba a los menos hubiera ella podido saber en que paraje se hallaban, esto le habría servido de consuelo; pero no sabía más, sino que había partido de su lado por el pescador, aunque esto estuviera distante unas treinta millas, ella se consideraba como separada por un espacio inmenso.

Procuró sin embargo, animarse y abreviar sus mi-